

## SARMIENTO Y MORENO

**E**L 15 DE FEBRERO DE 1811 NACIO EN SAN JUAN Domingo Faustino Sarmiento y pocos días después, el 4 de marzo, se hundió en la inmensidad del mar el cuerpo de Mariano Moreno. A ciento cincuenta años de tan dispares hechos —nacimiento y muerte—, la Universidad Nacional de La Plata ha honrado con sendos actos recordativos la memoria de estos dos prototipos de la nacionalidad, exaltando sus ilustres nombres en el recuerdo de las generaciones actuales.



La corta vida de Mariano Moreno —tronchada a los 32 años— ardió en el fuego de una pasión fecunda. Doctorado en jurisprudencia en la Universidad de Chuquisaca, Alto Perú, en 1802, tres años más tarde inició en Buenos Aires su carrera profesional, adquiriendo lento prestigio de abogado erudito y probo. Hasta que en setiembre de 1809, al redactar la célebre Representación de los Hacendados, en la que hace una crítica al régimen económico imperante, su prosa se inflama cuando habla de los derechos del pueblo. “Sostengo la causa de la patria”, dice en cierto pasaje concretando su pensamiento ante la argumentación del apoderado del Consulado de Cádiz. Esa brevisima frase es como la clave de su destino, como el preanuncio de su lucha. El nombre de Moreno se difunde; sus ideas ganan terreno: “un hombre hay que quiere un gobierno republicano elegido por el pueblo”.

Designado para ocupar la secretaría de gobierno y guerra (la de hacienda quedará a cargo de Juan José Passo) en la Junta Gubernativa de 1810, pronto se convierte Moreno, por propia gravitación, en el “verdadero numen de la revolución democrática”, como escri-

bió Bartolomé Mitre. Comenzaba una nueva etapa en la tierra de los argentinos y era indispensable que cada cual entregara lo mejor de sí mismo. Moreno lo anunció el día de la Revolución: "Es preciso emprender un nuevo camino en que, lejos de hallarse alguna senda, será necesario practicarla entre los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado por siglos y han retardado los progresos de la felicidad de este continente." Desde su cargo organizó y dirigió el primer ejército revolucionario, creó la Biblioteca Pública y la Escuela de Matemáticas; por su inspiración la Junta habilitó puertos, construyó puentes, reglamentó la matanza de ganado y estimuló las explotaciones mineras. Ordenaba y realizaba. Y además escribía: fundó la Gaceta de Buenos Aires —que sería tribuna de la nueva doctrina—, donde ven la luz numerosos artículos salidos de su pluma.

Mariano Moreno —verbo y acción—, en los escasos meses en que compartió el gobierno sirvió a la causa de la Revolución con su carácter insobornable y su fe republicana y democrática. Porque sintetizó el ideal de Mayo y lo proyectó hacia el futuro, es que su mandato ha llegado vivo hasta nosotros.



La personalidad de Sarmiento es de esas que se agigantan a medida que pasa el tiempo. Y entonces se ve claro que más que gobernante fue un profeta —"profeta de la pampa" lo llamó Ricardo Rojas— encarnado en un raro y colosal ejemplar humano, cuya medida fue, precisamente, no reconocer medida alguna. Un hombre al que su fuerte subjetividad —impetu del espíritu— lo proyectó con dimensiones de visionario. (Una prueba de ello es que en el Facundo —libro que data de 1845— describió exactísima la pampa sin haberla visto aún, cosa que tan sólo iba a ocurrir siete años más tarde, como declara en Campaña en el ejército grande). De ahí sus errores y sus magnos aciertos. De ahí su estupenda condición humana: "Ante todo —señaló—, en todas las transacciones de mi vida, pública y privada, quiero ser yo, tal como la naturaleza me ha hecho y no deformado por presiones exteriores."

## EDITORIAL

*Su formidable tarea de civilizador lo llevó a incrementar el progreso de la Nación en todas sus formas, materiales y espirituales. Es que para el empuje indomable de su genio y de su instinto todo marco oficial le resultó estrecho. Donde estuvo dejó impreso su sello indeleble: maestro —niño de quince años enseñaba ya en una escuela aldea de San Luis—, llegó a ser director general de Escuelas de la provincia de Buenos Aires y presidente del Consejo Nacional de Educación, impulsando, como nadie antes lo hiciera, la educación popular mediante la creación de escuelas y bibliotecas; periodista, su pluma fecundó de ideas las páginas de diversos periódicos: El Zonda, El Nacional, El Debate, El Diario y El Censor, de San Juan y Buenos Aires y El Progreso, El Mercurio, La Crónica y Sud América, de Chile; publicista y escritor, de sus muchos libros algunos han quedado como valores permanentes —señeros— de nuestra literatura; gobernador de San Juan, llevó a cabo, a pesar de la exiguidad de los recursos, una gran obra administrativa y cultural; diplomático, actuó como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario ante los gobiernos de Chile, Perú y los Estados Unidos; presidente de la República —magistratura a la que llegó, caso único, sin el apoyo de un partido político—, tuvo que vencer enormes dificultades emergentes de la situación política externa e interna y de las penurias económicas por que atravesaba el país (agravadas por contingencias tan desgraciadas como las terribles epidemias de cólera de 1868 y de fiebre amarilla del 71), a pesar de lo cual dio a su gobierno un sentido técnico que se inicia con el levantamiento del primer Censo general de la Nación y trasciende en innumerables creaciones en el campo de las obras públicas, de la salubridad, de la legislación, de la agronomía y la colonización, y que adquieren inusitada luminosidad en el plano de la educación primaria, secundaria y especializada; senador nacional, fueron muchas e importantes las cuestiones en que intervino como autor de proyectos o miembro informante de Comisión, como queda documentado en los tomos XIX y XX de sus Obras; ministro de Avelleda, en fin, renunció bien pronto, despechado por el giro de los acontecimientos políticos, y a pesar de que no era ya ni legislador ni ministro usó de la palabra en el Senado— autorizado un poco por sí mismo— para explicar los motivos de su dimisión. Toda esta labor*

*ciclópea, que significa cincuenta años de incorruptible lucha cívica por servir a la comunidad y al país, está reflejada en las 20.000 páginas que componen los cincuenta y dos volúmenes de sus Obras, compiladas por su nieto D. Augusto Belin Sarmiento. "La colosal impulsión de su vida, su vasto ensueño de patria, provienen de su pasión de ser útil", escribió Leopoldo Lugones y esta opinión se confirma de manera indubitable toda vez que se analiza la acción de Sarmiento en el desenvolvimiento argentino.*

*Patriota desesperado, como dice Rojas, combatió durante veinte años la dictadura, sufriendo la cárcel y el exilio. Y nada dice tan bien, nada alecciona tanto acerca del itinerario moral de su vida, como esta bella página, escrita poco antes de su muerte, acaecida en Asunción del Paraguay el 11 de setiembre de 1888: "Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creía bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de la que yo gocé sólo a hurtadillas."*